

## “La Iglesia vive de la Eucaristía”

Mis queridos Hermanos y Hermanas en el Señor Jesús,

*La Iglesia vive de la Eucaristía.* Con estas palabras, el Papa San Juan Pablo II comenzó su última Carta Encíclica a la Iglesia sobre el misterio de la Santísima Eucaristía (Ecclesis de Eucharistia). A través de esta Encíclica, el santo Papa quiso reavivar en la Iglesia un nuevo *Asombro Eucarístico*. Una vez que nos hemos dado cuenta del tremendo don de la Eucaristía que Jesús dejó a su Iglesia, deberíamos de experimentar un profundo asombro y gratitud. En la Eucaristía, Jesús nos ha dado el don de sí mismo, Su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad bajo la mera apariencia de pan y vino.

Esta Carta Encíclica fue la inspiración de mi propio lema episcopal, *Vultum Christi contemplari*. “Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el ‘programa’ que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. *La Iglesia vive del Cristo eucarístico*, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, ‘misterio de luz.’ (3) Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: “Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron.” (*Ecclesia de Eucharistia*, 6)

“Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es ‘fuente y cima de toda la vida cristiana. (1) La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo.’ (2) Por lo tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.” (Ibíd., 1)

Aquí está la esencia del asunto. Es dentro del Santo Sacrificio de la Misa y en el Santísimo Sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor que descubrimos la plena manifestación del amor ilimitado de Cristo. Se trata del amor que Dios nos tiene.

Todos hemos pasado por 15 terriblemente difíciles meses o más. El impacto de la pandemia mundial de COVID-19 en la vida de tantas personas ha sido profundo. Tantas vidas perdidas, tantos seres queridos en duelo, el agotamiento de quienes han estado en primera línea luchando contra esta enfermedad y cuidando a los enfermos, sin mencionar el costo económico, social, psicológico, físico y emocional que ha cobrado en muchos. También ha exacerbado seriamente las ya profundas diferencias políticas e ideológicas entre la gente de nuestro país.

El impacto de COVID-19 en la vida de la Iglesia no ha sido menos profundo. Buscar mantener a las personas seguras y tratar de cooperar en la medida de lo posible con

las autoridades civiles y su responsabilidad por la salud pública y el bien común ha afectado significativamente la vida sacramental de la Iglesia. Todos recordamos, con dolor, el cierre casi completo de la vida pública, incluida la asistencia a la Santa Misa y el acceso a los sacramentos, en los primeros días de esta pandemia.

A lo largo de esta pandemia, hice lo mejor que pude para navegar por las complejidades involucradas en el proceso de hacer los mejores juicios prudentiales con respecto a nuestra adoración y práctica sacramental. Pude hacer esto gracias a los expertos consejos de mi Equipo de Respuesta de COVID y a consultores externos de confianza, especialmente expertos médicos que son católicos devotos. Estoy muy agradecido con todos que fueron parte de este esfuerzo. En retrospectiva, hay cosas que haría de manera diferente, pero estábamos tratando de responder en tiempo real a una situación que evolucionaba rápidamente para la cual ninguno de nosotros estaba preparado. Las cosas cambiaban semanalmente. Todos hemos intentado hacer lo mejor que podemos.

Estoy muy agradecido con todos los párrocos, sacerdotes, diáconos, personal y voluntarios de nuestras parroquias y misiones por su tremendo liderazgo y arduo trabajo durante este momento difícil. No podría estar más orgulloso del trabajo que todos hicieron, en lo que navegaban una realidad compleja por el bien de sus comunidades locales.

Estoy especialmente agradecido con todos los fieles de la Arquidiócesis de Portland por su paciencia, comprensión y cooperación durante estos últimos 15 meses. Con pocas excepciones, mantuvieron un espíritu de unidad y cohesión, incluso cuando no estuvieron de acuerdo con las decisiones que se estaban tomando. Su testimonio de unidad y solidaridad fue inspirador, mostrando verdaderamente lo que significa ser el Cuerpo místico de Cristo.

Con el nuevo estado de la pandemia de COVID, resultando en muchas menos infecciones, hospitalizaciones y muertes, y con tantas personas que han elegido recibir la vacuna, ha llegado el momento del cambio más significativo en mucho tiempo con respecto a nuestro culto divino.

Por lo tanto, estoy rescindiendo la dispensa general de la obligación de participar en la Santa Misa los domingos y los días santos de obligación que concedí el 6 de abril del 2020. Esto entra en vigor a partir del 16 de julio de 2021. Esto significa que los fieles están nuevamente obligados a participar en la Santa Misa los domingos y los días santos de obligación. Quiero enfatizar que una razón seria exime a uno de esta obligación en virtud de la propia ley de la Iglesia y como se enseña en el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 2181). Si tiene alguna pregunta o inquietud sobre lo que constituye una razón seria en su situación particular, hable con su párroco. La Arquidiócesis también está emitiendo nuevas guías para la celebración de la Santa Misa y otros aspectos de la vida parroquial.

Recordando cómo comencé este mensaje pastoral, esto no se trata de obligaciones y

dispensaciones, ¿verdad? Se trata del *amor de nuestro Dios* que ha derramado por nosotros en Su Hijo más amado, Jesucristo, y que se manifiesta en la Sagrada Eucaristía. Jesús se hace presente para nosotros en el Sacrificio Eucarístico de Su propio Cuerpo y Sangre, y luego nos invita a la fiesta, que es un anticipo de la vida eterna a la que estamos llamados y para la que hemos sido creados. Me parece extraño hablar de una obligación para recibir este increíble regalo de amor de Dios y participar de este sagrado misterio.

A menudo lo pienso de esta manera: Si Jesús me hubiera invitado a estar en la Última Cena, ¿le habría dicho que tenía algo más en mi calendario ese día? Si me hubiera invitado a estar junto a Su madre, Santa María, al pie de la cruz, ¿le habría dicho que tenía que estar en otro lugar ese día? Si me hubiera invitado a estar en Su tumba cuando se quitó la piedra y se levantó de entre los muertos, ¿habría yo respondido que estaba demasiado ocupado? ¡*Por supuesto que no!* Sin embargo, esto es precisamente lo que celebramos y hacemos presente durante cada Misa. Participamos sacramentalmente en el Misterio Pascual, es decir, la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador.

Mis queridos Hermanos y Hermanas, es hora de volver a la Eucaristía con alegría. Para aquellos de ustedes que ya han reanudado su práctica de asistir a la Santa Misa, ¡bienvenidos! Para aquellos que aún no lo han hecho, no hay mejor momento como el presente. ¡Jesús los espera con Su inmensurable amor!

Sinceramente suyo en Cristo,

*Reverendísimo Alexander K. Sample*  
Arzobispo de Portland en Oregon

[CLICK HERE TO READ THE OFFICIAL DEGREE IN ENGLISH](#)